



IV Concurs de relats "Imagina Abrera" 2020

Tercer premi. Relat "*La dama del espejo*"

Original de **Eva María Baos Ruiz**

(pseudònim: Alhanna)

LA DAMA DEL ESPEJO

"Mi querida Alicia.
En los jardines de la memoria,
en el palacio de los sueños,
allí es donde tú y yo nos volveremos a ver."

Lewis Carroll, *Alicia a través del espejo*.

En el cielo refulgió el resplandor de un relámpago al que siguió el horrísono estallido de un trueno que retumbó en toda la casa. La lluvia envolvía la tierra en un húmedo abrazo, desdibujando formas y colores, sembrando el alma tristezas y melancolías, mientras el sentido de la existencia se escondía, indescifrable, más allá de los rebaños de negras nubes. En el tibio cristal de la ventana, dibujaba con la yema de los dedos el contorno del turbio reflejo de mi rostro bañado por lágrimas de lluvia mientras el monótono silencio me recordaba que ella no estaba. Nunca habría imaginado que echaría tanto de menos el rítmico concierto de bolillos que nos envolvía en una suave caricia cada tarde. Al igual que ocurre al descorchar una botella de cava, el pasado irrumpió en el presente a través del recuerdo embriagando mis sentidos. Presente y pasado se dieron la mano. Hoy era ayer...

Caía la tarde sobre las calles y patios del Rebato. Ella y otras mujeres salían de sus casas con sus almohadillas y sus sillas bajas de enea para improvisar un sonoro concierto de bolillos que podía oírse por toda Abrera. La primera almohadilla que tuvo se la había hecho su abuela con una vieja bota de vino rellena de paja. Desde entonces hacer encajes para ella se convirtió en una forma de vida.

Y allí acudía yo al caer la tarde, sin poder dejar de mirarla, creyendo que el



futuro no existía, convencido de que se había detenido tiempo. La luz cobriza del sol se filtraba entre las copas de los árboles y el viento nos acariciaba el rostro envolviéndonos en un suave murmullo. Creía que éramos inmortales. Tenía quince años y toda una vida por delante. Sin pasado, sin sospechar el futuro, me sentía eterno en el presente. Sin embargo, para que el mundo girara de nuevo y tiempo volviera a escapar inexorablemente, solo era necesario abrir los ojos. Realidad es todo aquello que al contemplarlo de frente no desaparece.

Ya llovía por la mañana cuando, al despedirse, Ana me abrazó suavemente. La estreché contra mi pecho y la retuve por un instante al tiempo que ella me prometía que en un par de días estaría de vuelta. Iba a Esparraguera. Se quedaría un par de días en casa de nuestra hija para ayudar con el recién nacido. Su beso me dejó un sabor agridulce en los labios. ¿Por qué no le habría dicho lo mucho que la amaba? Desde que nos casamos, hacía ya veinticinco años, jamás nos habíamos separado.

Si el día se hizo largo, la noche sin ella se hizo eterna. Tendido sobre la cama, contemplaba el reflejo de su ausencia en el espejo de la cómoda. Ella siempre cepillaba su largo cabello castaño cien veces antes de acostarse, mientras yo esperaba impaciente a que apagara la luz y compartiera mi cama. No me gustaba el espejo frente al lecho. Había oído decir a las viejas del pueblo que la dama del espejo podía robarte el alma mientras dormías. Algunas noches me levantaba y tapaba el espejo con una sábana. Subí el tocador a la buhardilla con el corazón encogido, temiendo que la dama que lo habitaba se molestara por lo que estaba haciendo.

La segunda noche sin Ana tampoco pude dormir. Justo en el preciso instante en la vigilia se convierte en sueño, la imagen del puente de la riera Magarola asaltó mi mente despabilándome por completo.

Antes de que despuntara el alba, ya había abandonado el lecho. Deambulé por las calles desiertas de Abrera, borracho de melancolía infinita. Esperaba que el paseo me permitiera apartar los funestos pensamientos que se habían



apoderado de mí. Sin embargo, aquel malestar no hizo sino agudizarse. Llegué hasta la riera sin apenas darme cuenta. Aquellos últimos días había llovido mucho, el río llevaba mucho caudal. El sol de mediodía rielaba sin fuerzas sobre las plomizas aguas. Me quedé unos instantes observando las edificaciones que estaban construidas en una parte del lecho de su cauce. Empezó a llover de nuevo. Sentí la lluvia sobre el rostro como una sacudida que me hizo despertar de un letargo hipnótico. Levanté la mirada y la fijé en el puente. Estaba previsto construir un puente de arcos, pero al final se optó por uno de tramo recto de vigas prefabricadas. ¿Por qué cambiaría de idea el ingeniero que proyectó la ampliación del puente? Recordé que habían pasado ocho años desde la última vez que había estado en aquel mismo lugar. Fomento había pedido una valoración del estado de deterioro del puente. Dos ingenieros hicimos el estudio. Detectamos algunos defectos de construcción solo dos años después de su ampliación. El progresivo deterioro que sufrían tanto el tablero como las pilas debía ser frenado en un plazo no muy dilatado para evitar un envejecimiento prematuro de la obra. Aseguraron que las deficiencias serían subsanadas, aunque no precisó en qué momento lo haría. Bajo el manto de la noche oscura nacía el alba. El tímido amanecer se esparcía por los campos silenciosos. El cielo salpicado de cenizas perfilaba a contraluz el sinuoso relieve de Montserrat que se extendía en el horizonte como gigantescas olas de piedra. Seguía lloviendo. Me sobresaltó el tétrico repicar de las campanas. El clamor de la iglesia de Sant Pere llamando a muerto y la atmósfera húmeda y fría al despuntar el alba, me helaron el alma. Salí al balcón, desde allí pude divisar el pueblo que dormía. Inhalé el intenso aroma de la tierra húmeda, de los bosques de pinos y eucaliptos, el del tapiz de las hojas secas. Tembló luego el suelo bajo mis pies, una explosión sacudió Abrera. Bajé atropelladamente las escaleras. En el piso inferior el agua me llegaba a las rodillas. La desgracia que tanto había temido que ocurriera acababa de tomar forma. Llamé a casa de nuestra hija. Rezaba para que estuvieran todos bien. Contuve el aliento mientras esperaba que alguien descolgara el aparato. Conforme me iba



acercando a la riera, el susurro que me traía el viento iba tomando forma de voces gritando, llamando, buscando... Al llegar, el panorama era dantesco. Algunos vecinos se habían acercado al lugar, la Guardia Civil tenía acordonada la zona. No podía creer lo que estaba viendo. El puente centenario soportó el embate de las aguas, mientras que el nuevo, que discurría paralelo al primero, se había desplomado como un castillo de naipes. De entre las ruinas del puente emergieron varios hombres que cargaban sobre parihuelas dos heridos. Ana me echaba de menos y quería volver a casa. Dos hermanos vecinos de Esparraguera iban aquella madrugada a trabajar a la SEAT. La noche anterior se ofrecieron para traerla a Abrera. La desgracia viajaba con ellos. Quiso la fatalidad que el puente se hundiera al paso de su coche. Se dijo que la causa del derrumbe fueron las fuertes precipitaciones. Cayeron más de 210 litros por metro cuadrado en una hora. También se habló de las construcciones en el lecho de la riera. Estos edificios redujeron el cauce. Esto provocó la formación de una zona de turbulencias junto a la pila afectada, causante de la socavación de la cimentación.

Un grupo de submarinistas trabajaba para recuperar tres cuerpos que habían sido arrastrados y quedado en el fondo de la riera. Dos guardias civiles rastreaban la zona en una lancha. Permitieron que me uniera a ellos. Habría querido como Moisés poder abrir en dos las aguas de la riera aunque fuera con mis propios brazos. De pronto, un agua sucia, fangosa, grasienta y maloliente me ascendió por las piernas, la cintura, luego el pecho y al fin el cuello. Me sumergí bajo el barro en suspensión. La lancha había chocado contra el tronco de un árbol caído. A un metro de profundidad apenas distinguía nada. A los dos, la oscuridad era impenetrable. Subí a la superficie con el brazo extendido hacia adelante, en estado de alerta, no tenía ni la menor idea de qué podía sorprenderme. Avanzaba lentamente con dificultad al tiempo que iba apartando innumerables objetos que no podía identificar. El agua helada se introducía bajo el pijama y se me clavaba en la piel como millones de afilados puñales. El corazón me latía con tanta fuerza que parecía que mi cuerpo iba a reventar igual que el puente. De pronto, topé con algo. Era una almohadilla. Era



la de Ana. Acusé la falta de oxígeno. Sentí desfallecer. Me hundí en la oscura inmensidad. Lo siguiente que recuerdo es que desperté desmadejado y roto, incapaz de pensar en nada que no fuera ella. Seguía aferrado a la almohadilla con todas mis fuerzas. Me encontraba a bordo de una barcaza metálica con seis militares, cientos de ojos me observaban desde la orilla. Intenté lanzarme de nuevo a la riera, seis pares de brazos fueron necesarios para impedírmelo. Las lágrimas que había conseguido retener hasta el momento brotaron sin remedio. Entre unos cuantos vecinos me llevaron a casa. Cuando creyeron que estaría bien, me dejaron solo. Fue entonces cuando oí unos extraños ruidos provenían del piso de arriba. Me armé con un garrote y ascendí sigilosamente los escalones de madera que se empecinaban en delatarme chirriando ligeramente irrumpiendo en el silencio. Según me iba acercando a la puerta de la buhardilla, iba estando más seguro de que aquellos ruidos tenían ritmo, era como si alguien golpeará tambores de madera en mitad de la jungla. Aquel ruido iba subiendo en intensidad hasta que llegó el momento en el que el redoble era ensordecedor y parecía que el salvaje estruendo iba a echar la casa abajo. Ya casi llegando, cuando quedaban dos o tres escalones, me detuve. No eran tambores. Era como el sonido que emitirían gigantes bolillos repiqueteando. Había pensado que podría ser un ladrón que aprovechaba la confusión del momento, o alguien que había buscado refugio en la buhardilla de casa mientras yo me encontraba fuera. Aquel sonido me desconcertaba.

Subí los últimos escalones con el garrote en alto. Abrí la puerta de un golpe seco dispuesto a sorprender a quien quiera que fuese que se ocultaba allí arriba sin que tuviera tiempo de defenderse ni reaccionar. En ese momento, justo cuando pensaba que iban a reventarme los tímpanos, me envolvió un silencio abismal y reinó en el lugar la quietud más absoluta. Tras la puerta lo único que pude hallar fue una oscuridad total que engullía la materia como un agujero negro. Poco a poco mis ojos fueron acostumbrándose a la penumbra. La luna apareció en el cielo y un pequeño rayo de plata se coló por una ventana y cayó sobre el espejo del tocador de Ana, aquel que había subido al



altillo días atrás. Deslicé la yema de mis dedos por el mueble de madera, recorriendo suavemente cada línea y cada curva. Alcé la mirada. Entonces la vi. Me llamaba para que me acercara hasta ella. Sonrió y tímidamente acercó su dedo al cristal. Yo acepté su invitación y poco a poco me aproximé al espejo, alargué mi mano hasta el cristal también. Una descarga sacudió mi cuerpo. Noté que la dama del espejo tiraba suavemente de mí. Crucé una espesa niebla. Sentí el placer de la ingravidez. Había pasado la frontera que separa la realidad de su reflejo. Me encontraba dentro del espejo. El viento mecía las hojas de los chopos. El agua cambiaba suavemente de color al compás del cielo. La enorme mancha azul turquesa se tornaba en gris plomizo salpicado de reflejos dorados. Los últimos días del verano se iban vistiendo tímidamente de otoño. Dos jóvenes se bañaban en el lago y flotaban como una corteza de castaño sobre las aguas de la riera. Ella nadaba como si cortase el agua una saeta veloz e imparable. Estiraba su delicado cuerpo de ninfa dibujando una delicada caricia de espuma blanca y plata. Se sentían inmortales bajo el sol de la infancia. No importaba el pasado, les pertenecía el presente y el futuro no existía. Se bebían la eternidad. Ella se disolvía en la líquida oscuridad primero asida a las manos de él. Más tarde a su cintura. Después a su cuello. Él era yo. Ella me miró luego como si se precipitase a un abismo aterrador. Sintió sobre su alma el peso del vacío y me susurró al oído: - Si alguna vez me pierdo búscame en la riera, justamente aquí, bajo los chopos. -No dejaré que te pierdas, contesté estrechándola contra mi pecho. El agua nos acogía en un tibio abrazo. Una densa niebla lo cubrió todo de nuevo y volví del otro lado del espejo. Entonces no me planteé lo sobrenatural de todo aquello. Y hoy, desde la distancia, me pregunto si no fue todo un sueño. El espejo me había devuelto el reflejo de un recuerdo que mi mente había desechado como el de otro día cualquiera. Sin dudarlo, corrí a la riera. Nadé hasta los chopos. Allí encontré el cuerpo inerte de Ana acunado por las aguas. Tal vez la fuerza del agua la había arrastrado hasta allí. Me abracé a ella desesperadamente. En mis ojos se fundieron dulce y salado. Había llegado tarde. No respiraba. Perdóname, amor mío. Siento no haberte encontrado



antes. Le susurré. Era demasiado tarde. Quise decir algo más, pero las palabras se me atravesaron en la garganta negándose a nacer. Acerqué mis labios ardientes a sus cárdenos labios. Era el beso de despedida que no había podido darle antes. De pronto sentí su aliento en mi rostro. Ella elevó su mano derecha. Acarició suavemente mi mejilla con la yema de sus finos dedos. Limpió las lágrimas de mi rostro. Me miró a los ojos. El corazón casi dejó de latirme cuando ella me acogió en un silencioso y cálido abrazo mientras el viento nos envolvía en un suave perfume de flores blancas. Volví al pueblo y al llegar a casa con Ana en brazos, nuestra hija preguntó quién me había guiado hasta ella, sin dudarlo respondí muy seguro de mí que la había encontrado gracias a la ayuda de la dama del espejo.